

SOBRE DOS INSTRUMENTOS LÍTICOS NOTABLES DE PATAGONIA

POR JOAQUÍN FRENGUELLI

El doctor Franz Mansfeld, de Buenos Aires, al regreso de su reciente viaje a Patagonia austral, ha tenido la gentileza de facilitarme dos hermosos instrumentos líticos, hallados en distintos puntos del territorio de Santa Cruz, al sur del río Deseado.

Ambas piezas, destinadas a acrecentar las colecciones del Museo de La Plata, llaman particularmente la atención por sus dimensiones excepcionales, superando en mucho las alcanzadas por el tamaño de los instrumentos de tipos análogos hasta ahora conocidos en Patagonia.

Su importancia, sin embargo, no reside tanto en las notables dimensiones de las piezas consideradas aisladamente, como por formar parte de un acervo industrial lítico patagónico, cuyos elementos parece alcanzar siempre proporciones considerables.

En efecto, si bien instrumentos de dimensiones extraordinarias, como yo mismo pude constatar en muchos puntos de Patagonia, se hallan desparrramados aisladamente o mezclados con materiales líticos del tipo ya bien conocido en los diferentes « picaderos »¹ patagónicos, a veces ellos se encuentran reunidos en talleres determinados, donde faltan piezas líticas de dimensiones ordinarias y de aquel tallado fino que tanto admiramos en la lítica patagónica.

Creo que conviene reparar en este hecho que parecería destinado a revelar un tipo peculiar de industria macrolítica sumamente importante, y no sólo de valor tecnológico y morfológico, sino quizá también, de valor cronológico.

Entre los diferentes casos conocidos por mí, el más importante y más significativo está representado, sin duda, por el taller lítico próximo a la estancia « Alma Gaucha », en el lote 20 de la sección D, de la zona centro

¹ Con este nombre, realmente expresivo, los pobladores de Patagonia designan comúnmente los talleres líticos indígenas, que buscan y explotan por curiosidad o comercio.

del territorio de Santa Cruz, visitado junto con el profesor F. de Aparicio durante nuestro viaje de exploración científica a Patagonia (marzo de 1934) y que, en su excelente informe, el mencionado colega recuerda con las palabras siguientes :

« Destácase, entre éstos, un vasto taller ubicado en la proximidad de un gran afloramiento de madera fósil en el cual es evidente que se han trabajado con preferencia instrumentos de grandes dimensiones... hachas amigdaloides, más o menos apuntadas, talladas a grandes golpes, con retoque bifacial muy somero y bordes muy bien afilados (lám. XXV). Otras de aspecto muy tosco, son simples nódulos con un borde groseramente afilado. Todos estos objetos son grandes, pesados y muy cortantes. En este mismo taller se encontraron muchos fragmentos de grandes piezas con una admirable talla de superficie. Han correspondido, sin duda alguna, a hachas o puntas de dimensiones y perfección excepcionales » (1, pág. 81).

A la somera, pero elocuente descripción del colega, creo útil agregar que el « picadero » en cuestión se hallaba sobre el rellano de una terraza aprovechada por la huella del camino principal (de Las Heras a San Julián), sobre el costado occidental de un cañadón a cerca de un kilómetro al norte de la población de la estancia mencionada.

Con esto, quiero destacar sobre todo la situación del taller con respecto a la morfología del terreno e insinuar su posible vinculación con una determinada terraza fluvial, de cuyo manto detrítico los materiales líticos de industria humana parecerían formar parte.

Más explícitamente, quisiera recalcar la oportunidad de observaciones fisiográficas y estratigráficas subsidiarias en toda investigación arqueológica que se realice en Patagonia y tendientes a ensayar una cronología relativa de los numerosos yacimientos existentes en esta dilatada región argentina.

La posibilidad de una estratigrafía y, por ende, de una cronología arqueológica patagónica, sobre cuya importancia sería superfluo insinuir, fué ya demostrada por Outes en su obra maestra (5) y especialmente puntualizada en el perfil de arroyo Observación, cerca de Puerto Mazaredo (Santa Cruz), donde instrumentos de aspecto paleolítico se hallaron incluidos en una capa de rodados intercalada entre sedimentos eólicos y fluviales de tipo pampiano (5, págs. 278, 295, y figs. 8 y 9). La edad que Outes le asignara, al referir el yacimiento a la « época más moderna del pampeano superior » (5, pág. 294), quedó bien comprobada más tarde por mis investigaciones en la misma región, demostrando que la terraza, a cuyas capas inferiores el mismo yacimiento pertenece, corresponde al IV orden de la serie general de las terrazas patagónicas (3, pág. 239, fig. 1), esto es a la primera terraza post-tehuelchana del Holoceno inferior, cuyos sedimentos superiores son, en mi ver, sinocrónicos con el Platense del Litoral.

Otro ejemplo claro y bien demostrativo nos fué suministrado por los depósitos del piso de las grutas del Cañadón de las Cuevas (Santa Cruz), cuyo perfil ha sido publicado recientemente por de Aparicio, en el informe

preliminar ya recordado (1, pág. 79, fig. 3). En ellos fué comprobada la existencia de dos niveles arqueológicos, uno superior (superficial) y otro inferior, separados por sedimentos aluvionales (nivel *c* del perfil) sin vestigios de industria humana. A pesar de que el nivel inferior contenía instrumentos líticos en su forma y técnica aparentemente idénticos a los que se exhumaron del nivel superior, su mayor antigüedad está bien evidenciada por su situación estratigráfica y, sobre todo, por su posición debajo de las capas fluviales estériles intercaladas entre los dos niveles arqueológicos. En efecto, no puede haber duda de que esta intercalación, a pesar de su reducido espesor (40 centímetros), es un claro exponente de una fase fluvial, bajo un clima mucho más húmedo que el que rige en la actualidad, y bajo cuyo régimen el cañadón, hoy sólo parcialmente regado por un hilo de agua que brota de un pequeño mallín encajonado en un curso del fondo del cañadón mismo, fué ocupado por un caudal considerable, cuyo nivel se elevó por encima del piso de las cuevas (varios metros arriba del fondo actual del cañadón) y por largo tiempo las hizo inhabitables.

Verdad es que casos como éstos, en los cuales podemos aplicar un método estratigráfico directo, hasta ahora representan verdaderas excepciones dentro del vasto panorama patagónico, donde paraderos indígenas y talleres líticos normalmente aparecen esparcidos en la superficie del suelo. Su situación superficial, sin embargo, no siempre está ligada a una edad reciente de los talleres mismos, sino, en general, depende de la persistencia de las formas de la superficie patagónica. No debemos olvidar, en efecto, que en la mayor parte de Patagonia extra-andina las formas del relieve superficial han persistido casi inalteradas y frescas desde edades relativamente remotas y que sobre todo la superficie de las terrazas, desde el más antiguo Pleistoceno hasta hoy, ha conservado casi intacta gran parte de su extensión originaria.

Sobre este particular ya Outes insistió oportunamente (5, pág. 293). Y, si bien, quizá, convenga mitigar en algo el alcance de los términos cronológicos a la sazón empleados, no por esto quedan menoscabados sus conceptos acerca de la larga persistencia de los rasgos fisionómicos de los inmensos territorios patagónicos.

Esta persistencia depende del concurso de varios factores. Entre ellos hoy domina la notable sequedad del clima patagónico que reduce a un minimum las acciones destructoras de orden gléptico y, sobre todo, de la más importante entre ellas, esto es de la erosión. Las mismas nieves, que concretan la mayor parte de las precipitaciones meteóricas durante las largas estaciones invernales del clima patagónico, y en las cuales, a veces, se ha creído ver una causa de desgaste superficial ponderable, al derretirse en la vasta superficie de las mesetas y de las « pampas », no despliegan un efecto dinámico importante, puesto que, la máxima parte de las aguas de su derretimiento filtra a través de los detritos sumamente permeables que forman el suelo o evapora *in situ*. De esta manera, las acciones erosivas quedan exclusiva-

mente limitadas en el cauce de los pocos ríos, que traen aguas alóctonas, generalmente desde remotas regiones cordilleranas durante el deshielo, y en el fondo de los cañadones que recorren las aguas de avenidas esporádicas.

No muy diferentes debieron ser las condiciones de la gléptica durante los tiempos cuaternarios, si exceptuamos más intensas acciones fluviales durante las fases cataclimáticas. También entonces, sin embargo, los grandes caudales de deshielo, debido a los movimientos radiales de elevación progresiva que los acompañaron, se encañalaron en niveles cada vez más bajos, respetando gran parte de los thalwegs madurados en etapas anteriores. Esto es, en cada fase de reactivación erosiva, provocada por un empuje surreccional, los álveos y sus camadas aluvionales, construídos durante una etapa anterior, se elevaron en forma de terraza y se pusieron al abrigo de los procesos de destrucción y de acumulación de la etapa subsiguiente.

En realidad, en los rellanos de estas terrazas, que fueron escalonándose sucesivamente en niveles cada vez más elevados y más alejados de las superficies afectadas directamente por las acciones destructoras y constructivas de los cauces recientes, toda modificación fisiográfica quedó casi exclusivamente librada a las acciones eólicas de reducida eficacia, tanto en su obra constructora como en la destructiva.

Para su obra constructora (acumulación eólica) faltó el concurso de una vegetación adecuada y suficientemente densa, imprescindible en superficies llanas, amplias y abiertas como éstas, barridas continuamente por vientos impetuosos y secos. Por ende, sedimentos eólicos, en su mayor parte loessoides, sólo pudieron acumularse en parajes limitados y determinados, como en recodos protegidos de valles angostos y cañadones.

En todo el resto dominó y domina aún la denudación por deflación, la cual, sin embargo, si adquiere particular eficacia en los relieves rocosos (especialmente de rocas disgregables), en los flancos de los valles y en las paredes de los cañadones, donde las corrientes aéreas encañaladas suelen cobrar notable violencia, bien poco puede lograr en la superficie de los mantos aluvionales de las mesetas y de las terrazas, en cuyos detritos median elevadas proporciones de elementos psefíticos gruesos, que ningún viento puede remover. Sobre estas camadas detríticas, en efecto, sólo llega a realizarse un proceso de levigación eólica superficial que, después de haber arrancado los materiales más finos (polvos y granos de arena) expuestos en la superficie misma, bien pronto provoca una concentración *in situ* de elementos gruesos, la formación de un *steinpflaster*, que protege el resto del sedimento de todo desgaste deflatorio ulterior.

Entonces, en la edad de las terrazas podríamos buscar criterios, aun fuera indirectos, para ensayar una cronología relativa de los materiales paleoetnológicos desparramados en sus respectivas superficies.

Cierto es que para una amplia utilización de estos criterios y a la probabilidad de sus resultados se oponen circunstancias con aspecto de difi-

cultades insalvables. Entre ellas, sobre todo, la persistencia misma de los rellanos de las terrazas y los procesos de levigación eólica sufridos por su superficie.

Es evidente, en efecto, que el proceso de levigación si, junto con los guijarros propios de las camadas, deja en la superficie los restos de industrias líticas eventualmente contenidos en las capas levigadas, junto con ellos deja también los materiales líticos abandonados en la superficie misma en épocas posteriores y los que pudieron ser contenidos en suelos de transporte que temporariamente (durante fases de clima favorable) pudieron haberse formado en la superficie de los aluviones mismos.

Esta mezcla de materiales líticos correspondientes a épocas diversas, desde las más remotas (en relación con la edad de la terraza) hasta hoy, es siempre posible por cuanto es bien sabido que las terrazas han sido siempre vías de fácil comunicación entre asentamientos humanos y ambientes ellas mismas muy favorables para concentraciones humanas.

Por lo tanto, en regiones de tan larga persistencia fisiográfica, en la mayor parte de los casos toda tentativa de determinación cronológica de industrias líticas basada sobre la edad relativa de las terrazas, puede resultar imposible o llevarnos a resultados falaces. Sin embargo, también en estos casos pueden ensayarse prudentemente criterios diferenciales como los que surgen del examen tipológico comparativo de los diferentes materiales o de la persistencia de tipos determinados en un determinado orden de terrazas.

El primer criterio, ya utilizado por varios autores y por Outes en Patagonia (5, pág. 294), en esta región no siempre llega a resultados tan atendibles como lógicamente podría esperarse, por cuanto no puede excluirse una larga persistencia de elementos de aspecto paleolítico, por su forma y técnica de su tallado, hasta tiempos sumamente recientes. Más aun, es ésta casi una norma, no sólo en Patagonia sino también en las regiones limítrofes de las Pampas, como ya consideré en otra oportunidad (2, pág. 16). La finura de las formas y lo esmerado del pequeño retoque, tal como aparecen en todos los instrumentos de muchos talleres líticos de Patagonia hasta ahora estudiados, son simplemente atributos que corresponden sólo a una parte del acervo industrial de los mismos talleres, esto es, de piezas seleccionadas por coleccionadores incompetentes guiados únicamente por criterios estéticos. En realidad, también en los paraderos más superficiales y más recientes, donde toda superposición de materiales cronológicamente diferentes puede descartarse con toda seguridad, juntos con las piezas pequeñas y bonitas, bifaces con esmerado retoque por presión, a menudo verdaderas obras de arte, se hallan siempre y en cantidad mucho mayor objetos grandes, de tallado grosero, de tipo acheuloide o mousterioide, a menudo bien caracterizados, a veces, en cambio, de forma indefinida y tosca, hasta piezas de fortuna de configuración extraña, residuos hechos utilizables por retoques parciales y gran cantidad de lascas sin retoque alguno.

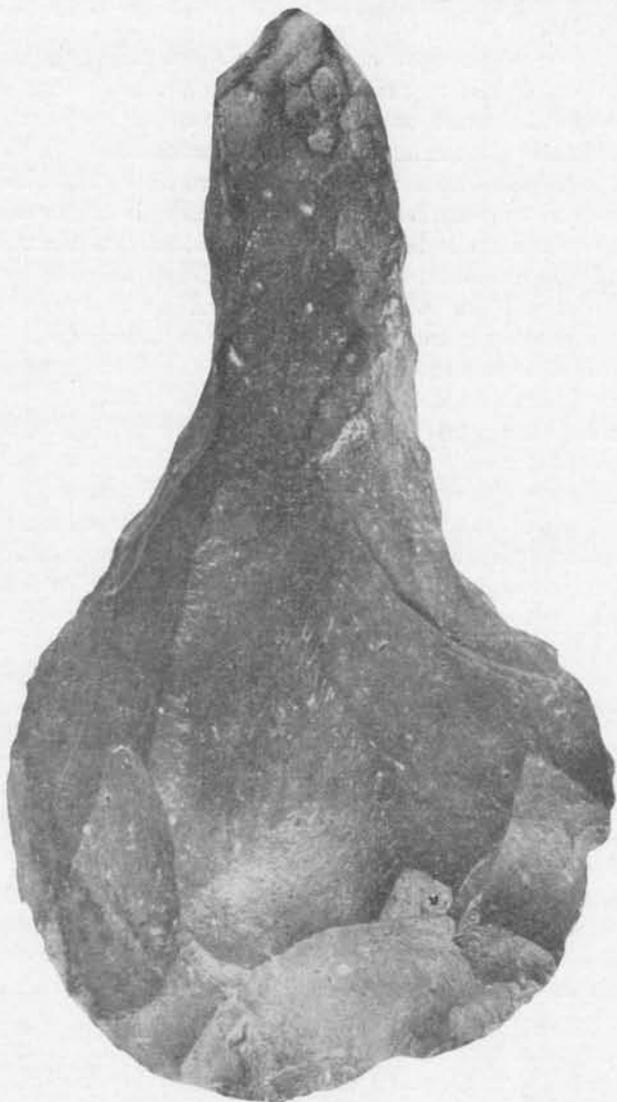


Fig. 1. -- Perforador cara anterior. Tamaño natural

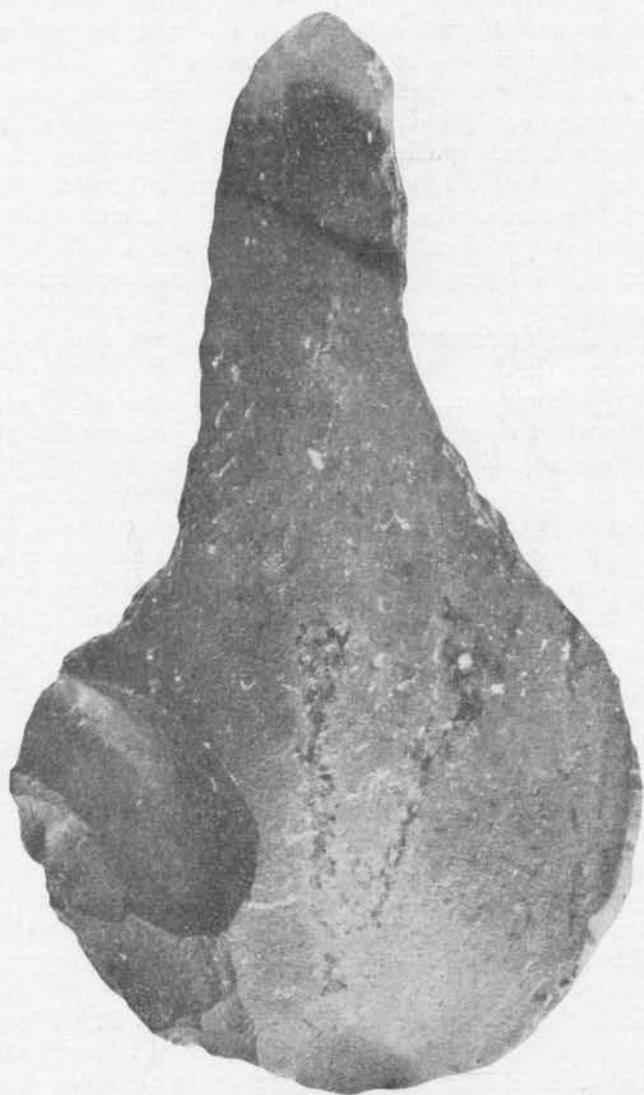


Fig. 2. — Perforador cara posterior. Tamaño natural

De la misma manera, precario sería el criterio que se basara sobre la calidad del material lítico empleado. Independientemente de todo tiempo o lugar, en la máxima parte de los casos, especialmente para instrumentos medianos y pequeños, los prehistóricos de Patagonia prefirieron el xilópalo¹, susceptible siempre de tallado fácil y esmerado, y tan abundantemente repartido en Patagonia. Para los objetos pequeños utilizaron y con preferencia, cuando pudieron conseguirla, la obsidiana, rara en todas partes, si exceptuamos algunos parajes próximos a la cordillera. Para las piezas medianas subsidiariamente emplearon las cineritas silicificadas y densas, como las que abundan en algunos niveles del Chubutiano y del Descadiano. En fin, para los instrumentos de mayores dimensiones eligieron con preferencia rocas menos frágiles y más pesadas como basaltos, teschenitas, pórfidos cuarcíferos, etc., todas de gran difusión en todo el territorio patagónico.

Sin embargo, ambos criterios, tecnológico y petrográfico, pueden prestar servicios útiles si aplicados con prudencia y discreción. Más que el método analógico quizá convenga un método comparativo limitado a los materiales vinculados a los diferentes órdenes de terrazas prolijamente definidos e individualizados. Sin duda la vinculación constante de determinados tipos y técnica con un determinado orden de terrazas nos proporcionará un dato de suma probabilidad, sino de certeza, acerca de íntimas vinculaciones estratigráficas y cronológicas entre la terraza o su rellano y el nivel cultural correspondiente.

Con mayor razón estas relaciones podrían establecerse cuando a los datos tipológicos y tecnológicos se agregaran preferencias en el uso de determinadas materias primas, no impuestas por las condiciones geológicas y petrográficas del medio ambiente.

Es éste, por ejemplo, el caso muy ilustrativo de los dos paraderos hallados por Hauthal a orillas del lago Belgrano y mencionados por Outes (5, pág. 506): uno, en la terraza actual, con instrumentos pequeños, variados y admirablemente tallados en obsidiana; el otro, en la superficie de una terraza próxima, pero a un nivel más alto con respecto a la anterior, con cuchillos y raspadores grandes, en su mayoría tallados groseramente a grandes golpes, en basalto o traquita.

Otro caso análogo y bien significativo es el de W. H. Hudson, también citado por Outes (5, pág. 474), por el cual en el valle del río Negro se observarían dos niveles culturales líticos: uno de aspecto reciente en el piso mismo del valle actual y otro, con instrumentos más toscos, en los sedimentos de una terraza de sus laderas.

¹ Al xilópalo (madera silicificada por ópalo), en sus diferentes variedades de estructura, pigmentación, dispersión o hidratación del hidrogel que lo forma, etc., corresponden comúnmente las rocas que, en Patagonia, los arqueólogos han designado como jaspe, sílex, cuarcita, ópalo, calcedonia, etc.

A estos ejemplos debemos agregar el de la estancia «Alma Gaucha», los instrumentos de cuya terraza no sólo responden a un tipo y una técnica bien propios y diferentes del tipo y técnica de la mayor parte de los instrumentos de talleres próximos, sino en su casi totalidad se hallan esculpidos en pórfido cuarcífero, no obstante la proximidad del taller a vastos afloramientos de cineritas y tobas¹ con abundantes troncos de árboles (Araucarias) silicificados que hubieran proporcionado una materia prima mucho más cercana y más apta para una talla prolija.

Por las noticias que me proporcionara el doctor Mansfeld y por el examen personal del numeroso material por él coleccionado, en condiciones análogas se hallaban los «picaderos» de donde proceden los dos instrumentos que motivan esta nota. Ellos también, entre los «pedreros»² de la superficie deflada de viejas terrazas, contenían exclusivamente utensilios de grandes dimensiones tallados a grandes golpes en pórfido cuarcífero.

Ambos objetos representan piezas seleccionadas entre el material reunido por su coleccionador.

El primero procede de un paraje de la estancia «San Miguel», situado un kilómetro al sur de la «Gruta Museo» o «Piedra Museo» (lote 2, sección A de la zona VI de Santa Cruz), mencionada por de Aparicio (1, pág. 83) y excavada en el banco descripto por mí (4, pág. 861) como formado por detrito conchil de playa salamanquense.

Su forma general corresponde a la de los perforadores del «tipo 5º» de Outes (5, pág. 348), con talón discoidal y punta ocupando aproximadamente la mitad del largo de la lámina. Pero se aparta de este tipo por sus dimensiones, tallado y extremo de la punta tan tosco que cuesta creer en la eficacia de su utilización como perforador.

La roca en que está esculpido es un pórfido cuarcífero de pasta muy fina y compacta (microfelsítica), con fenocristales de cuarzo y plagioclasa escasos y pequeños, de fractura concoidal y de color pardo rosado con manchas difusas de rosado violáceo y morado. Su peso es de grs. 275.

El largo total es de 146 mm., de los cuales 72 mm., más o menos, corresponden a la punta y el resto al talón. Éste tiene su mayor diámetro de 82 mm. a cerca de la mitad de su altura. El espesor máximo del instrumento corresponde a la altura de la base de la punta y mide 29,5 mm.

El trabajo para definir el utensilio evidentemente fué realizado en dos tiempos: un tallado primario a grandes golpes y otro secundario a golpes

¹ Para la estructura geológica de esta región véase mi reciente contribución a la geología patagónica (4, págs. 855-862).

² Es éste el nombre que los lugareños dan a las superficies pedregosas y especialmente a los pedregales, desprovistos de vegetación, derivados de la disgregación meteórica de las superficies rocosas. Para el tráfico son especialmente penosos los que por allí frecuentemente se forman sobre los numerosos y amplios mantos basálticos.



Fig. 3. — Hacha (?) cara anterior. Tamaño natural

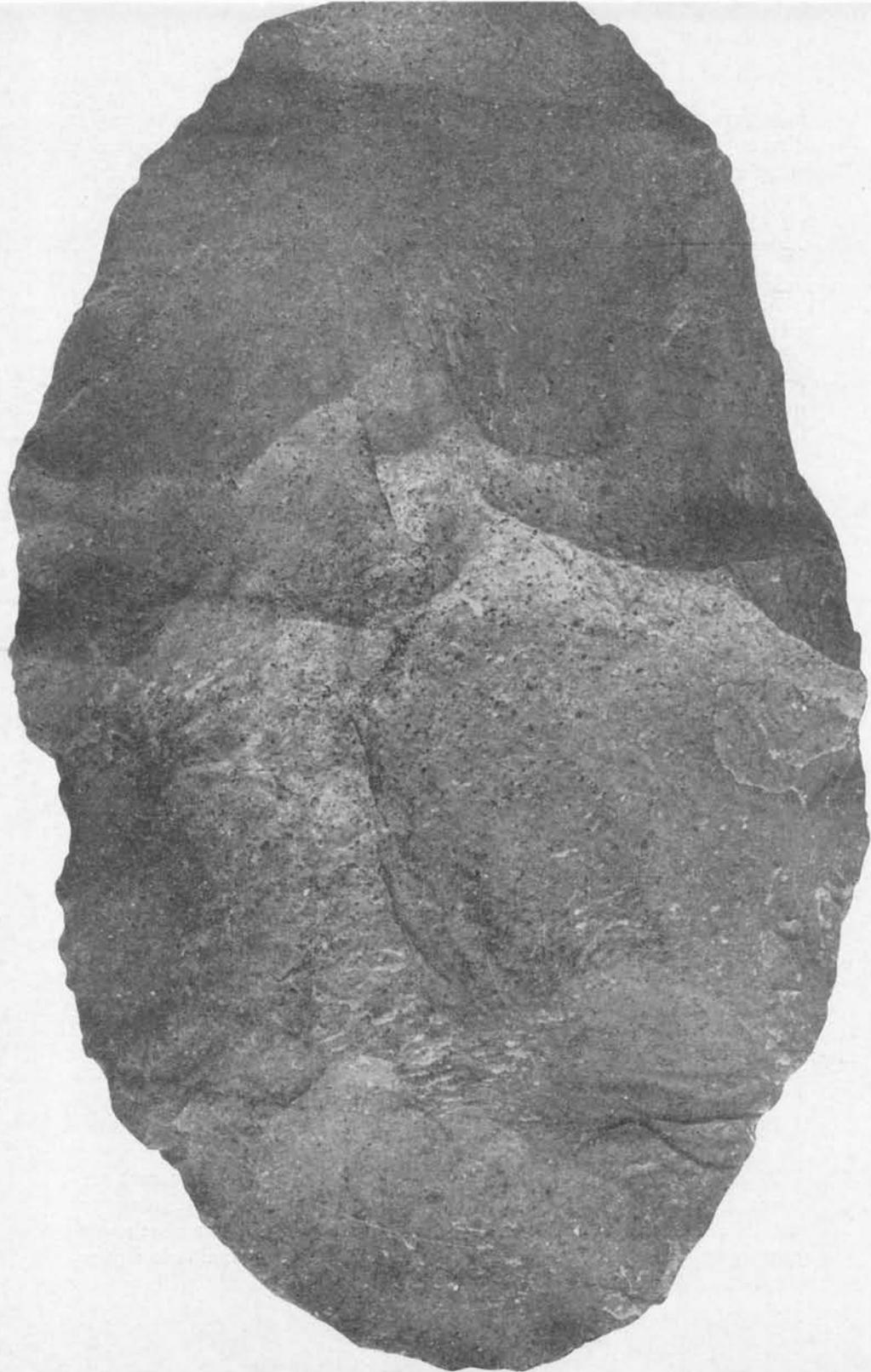


Fig. 4. — Hacha (?) cara posterior. Tamaño natural

más pequeños limitados en los bordes, en su mayor parte por percusión directa y afectando la cara anterior de la pieza. En efecto, su cara posterior en su mayor parte está formada por una superficie lisa, algo convexa en el sentido de su longitud o, más exactamente, en dirección algo oblicua a esta dirección y engendrada por el bulbo de percusión según golpe inicial aplicado más o menos en la esquina inferior derecha (según quien mira) de la pieza.

Sin embargo, también esta cara posterior presenta un tallado primario y secundario, reducido, pero muy interesante. El primero limitado al borde del talón que corresponde al bulbo de percusión y realizado con pocos golpes grandes y directos, evidentemente con el fin de desbastar el bulbo mismo, que resultara demasiado abultado y espeso. El secundario, en cambio, fué localizado en la periferia del resto del borde del talón y en el ápice de la punta, en ambos mediante pequeños retoques por presión.

En cambio, la cara superior del instrumento está trabajada en la casi totalidad de su superficie por golpes primarios de percusión grandes y someros. Estos afectan principalmente la superficie del talón; mientras la punta presenta una arista longitudinal, que viene desde el dorso de la base, con dos declives: uno izquierdo, casi vertical, cortado groseramente, y otro derecho, inclinado muy suavemente, formado por la superficie natural del fragmento rocoso originario. La periferia de todo el instrumento está retocada, además, por golpes de percusión más pequeños a los cuales, especialmente en el borde izquierdo del talón, el artífice ha agregado retoques de presión finos y prolijos hasta sacarle un filo derecho y casi cortante.

El segundo instrumento fué hallado en la estancia de Felipe del Valle, en Bellavista (lote 5, sección B de la zona VI de Santa Cruz), en proximidad del cañadón Hornia. Es un objeto (acaso un hacha) de contorno elipsoidal que, tamaño aparte, por forma y hechura se asemeja mucho al instrumento reproducido en la figura 5 de la obra de Outes (5, pág. 275). Está tallado, como el anterior, en trozo de pórfido cuarcífero de pasta microfelsítica, pero con mayor cantidad de pequeños fenocristales de cuarzo y plagioclasa y diseminada de numerosas hojuelas de biotita. La roca es compacta, de fractura concooidal, de color gris verdusco casi homogéneo, cruzada por vetitas lineares (antiguas soldaduras de grietas naturales) algo más oscuras y llevando, en la cara superior del utensilio, una porción de corteza de alteración meteórica superficial, de color pardo amarillento claro, respetada por el tallado.

Sus dimensiones son las siguientes: diámetro mayor 219 mm.; diámetro menor 129 mm.; espesor máximo 37 mm. Peso, grs. 1041.

Ambas caras de este macrolito están talladas groseramente. La cara posterior, a pesar de su extensa superficie, ha sido conseguida mediante pocos golpes de percusión, que han arrancado esquirlas de gran tamaño; engendrando un plano muy irregular no retocado por trabajo secundario alguno.

En cambio, la cara anterior, si bien tallada con técnica análoga, lleva casi toda su periferia retocada por golpes secundarios, medianos y pequeños, al objeto de sacarle un filo, que resultó en su mayor parte cortante, pero muy desigual y muy tosca e irregularmente sinuoso. Es importante destacar que en un extremo de la pieza, el que probablemente estaba destinado a la utilización más propia del instrumento, este borde ha sido más desbastado en correspondencia de la cara posterior y, en la anterior ha sido prolijamente afilado con retoques por presión finos, posiblemente los únicos que se observan en el tallado del utensilio.

Ambos instrumentos descriptos muestran sus superficies barnizadas por una patina lustrosa, especialmente evidente y pronunciada en correspondencia de la respectiva cara anterior, que, por razones obvias, es la que más largamente debió quedar expuesta a las acciones meteóricas, sobre todo a la deflación. Su larga exposición a estas acciones alterativas está demostrada también por un mayor enrojecimiento (rubefacción) de la misma cara, por oxidación de los pigmentos férricos, esto es por la barniz desértica que asume la superficie de todos los fragmentos (brechas y rodados) de rocas densas largamente expuestos a las intemperie del clima patagónico.

La Plata, 1º de agosto de 1936.

OBRAS CITADAS

1. APARICIO, F. DE, *Viaje preliminar de exploración en el territorio de Santa Cruz*, en *Publicaciones Museo Antropol. y Etnogr. de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A, III, 71-92, láms. I-XLVIII, Buenos Aires, 1935.
2. FRENGUELLI, J., *El paleolítico en la Argentina*, en *Boletín Universidad Nac. del Litoral*, I, 794-808, Santa Fe, 1927.
3. FRENGUELLI, J., *Observaciones estratigráficas en bahía Sanguinetti (territorio de Santa Cruz)*, en *Anales Soc. Científ. Santa Fe*, III, 237-283, Santa Fe, 1931.
4. FRENGUELLI, J., *Situación estratigráfica y edad de la « zona con Araucarias » al sur del curso inferior del río Deseado*, en *Boletín Informac. Petrol. de la Dir. Gral. de Y. P. F.*, X (nº 112), 843-900, Buenos Aires, 1933.
5. OUTES, F. F., *La edad de piedra en Patagonia; estudio de Arqueología comparada*, en *Anales Museo Nac. de Buenos Aires*, XII (ser. 3º, V), 203-574, Buenos Aires, 1905.